

Alianzas electorales 2010

El planteamiento de coaliciones y alianzas electorales entre el PRD y el PAN se debe a sus respectivos desastres electorales de 2009. Los costos de esta unión aún están por verse.

Por una parte, la corriente hegemónica del Partido de la Revolución Democrática (PRD), llamada Nueva Izquierda (*Los Chuchos*), recurre de nueva cuenta a su tradicional política de alianzas para fortalecerse. Se lleva consigo a todo el partido mediante el liderazgo nacional de Jesús Ortega, cuyo pragmatismo coincide a plenitud con los intereses regionales de varios aspirantes locales, sin mediar ideologías o posturas políticas, guiados sólo por el interés de acumular fuerza política.

Por su lado, el Partido Acción Nacional (PAN) perdió toda autonomía y ha procedido a cumplir los ordenamientos que se imponen desde Los Pinos. No se sabe, ni tampoco se ha observado, que haya una discusión interna del partido para promover tales alianzas. De manera súbita, el líder nacional del partido, César Nava, anunció ante los medios de comunicación que las alianzas eran viables y que las negociaciones estaban en proceso, incluso avanzado en algunos casos.

A diferencia del pasado, en los últimos cuatro años el PAN y el PRD han transitado por desencuentros mayúsculos entre sí que presuponen diferencias prácticamente irreconciliables tanto en la línea política como en la ideología. Basta recordar que el PRD mantiene



una dirección dictada por sus dos últimos congresos nacionales que mandatan el desconocimiento del gobierno de Felipe Calderón y el reconocimiento de Andrés Manuel López Obrador como “Presidente Legítimo de México”, postura asumida también por los partidos Convergencia y del Trabajo (PT).

En materia ideológica, la alianza con el PRD contraviene la doctrina del PAN, que se orienta a la defensa de la vida (desde su más primaria concepción) y a la familia como derechos e instituciones innegociables, frente a un partido que promueve justamente lo contrario. Aquí, las bases ideológicas del partido están en juego. A muchos de sus electores, por ejemplo, les *hace ruido* pensar que el PAN impulsará el voto y el triunfo electoral de gobernadores perredistas que sean posibles promotores del aborto y de los matrimonios *gays* con derechos de adopción infantil.

Aún así, el pragmatismo predomina en las cúpulas de ambos partidos, pero no parece permear con fluidez en otros ámbitos de estas organizaciones. Primero, en el PRD se ha expresado la oposición de Andrés Manuel López Obrador, quien descalificó públicamente dichas alianzas, aunque no fue terminante. Esto se explica por los intereses locales de algunos de sus seguidores, como Dante Delgado en Veracruz o Ricardo Monreal en Zacatecas, entre otros. Sin embargo, para la base militante de izquierda es inexplicable una alianza de esta naturaleza en el actual contexto (por ejemplo, ¿seguirá López Obrador en sus giras vilipendiando al PAN y ofendiendo a Felipe Calderón o se callará para no entorpecer las alianzas y sus campañas electorales?).

Segundo, el interés del PAN por las alianzas se observa claramente en la

acuciante debilidad del presidente Felipe Calderón por dos razones:

Una, que sus bases políticas de sustentación están en retirada: el PAN perdió su mayoría en la Cámara de Diputados, perdió los estados de Querétaro y San Luis Potosí (perder Aguascalientes y Tlaxcala completarían un auténtico desastre), los medios de comunicación le regatean apoyo y las bases empresariales le han escatimado su adhesión. Y dos, que el debilitamiento de Felipe Calderón le lleva a perder el control de la sucesión presidencial frente al fortalecimiento del PRI.

Las pasadas elecciones revelaron la debilidad del PAN y el PRD. Las 10 gubernaturas para 2010 podrían ser su debacle.

Si la estrategia electoral de 2009 que consistía en promover *candidatos unitarios* desde el Comité Ejecutivo Nacional fue un desastre, la política de alianzas para 2010 puede completarlo. En vez de fortalecer su cohesión interna y su alianza con organismos empresariales, urbanos y civiles (que han sido su fortaleza tradicional), el PAN está operando una política que socava estas relaciones y lleva sus bases electorales a la confusión y al desánimo, pues las clases medias panistas no encontrarán una lógica para asistir a las urnas.

Las cúpulas del PAN y del PRD sustentan su lógica aliancista en confrontar y derrotar los caciquismos tradiciona-

les del Partido Revolucionario Institucional (PRI) en varios estados, pero la alianza no se corresponde con las expectativas de sus respectivos electorados. De ahí que tal unión constituya un riesgo para ambos partidos frente a los ciudadanos que simpatizan con su línea política e ideológica.

El impacto de estas alianzas también se observará en las estructuras de las bases militantes más activas de ambas organizaciones, pues la inconsistencia de las alianzas impacta mucho más a militantes que al electorado.

La descalificación de las alianzas por parte del ex Presidente Nacional del PAN y representante de la derecha radical, Manuel Espino, es equivalente a la hecha por López Obrador en su respectivo campo, pero no es la única. La inquietud en la base panista y los liderazgos regionales resulta grande.

Por el lado del PRD, la situación es exactamente la misma. Para la militancia de izquierda, resulta difícil comprender que se impulsará al triunfo electoral a candidatos que representan a la derecha mexicana. La alianza pasa por encima de las resoluciones más sentidas de sus recientes congresos nacionales y descalifica todo el trabajo regional de López Obrador, cuya prédica es desconocer al gobierno calderonista y denunciar los intereses de la derecha panista en los gobiernos federal y estatal.

La gran interrogante de esta nueva dinámica política aliancista consiste en conocer aquellos intereses que, en un contexto de desencuentro y pugna política entre PAN y PRD, han sido capaces de plantear y operar las alianzas regionales, sin importar los costos y la trascendencia en los procesos internos de los partidos y las consecuencias en los años venideros. ❁